

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
CONDE DUQUE, 32, DUPLICADO

15 CÉNTIMOS NÚMERO SUELTO

Nada de cientos ni miles  
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales  
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias  
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN  
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones  
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías  
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño  
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

NÚMERO ATRASADO, 30 CÉNTIMOS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID...	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50 »
	» año..... 10 »

FUNDADOR  
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.	Un trimestre..... 3 pesetas.
	» semestre..... 6 »
	» año..... 12 »

## LOS CARLISTAS

En vano los carlistas quieren aparentar cultura. Son los hombres de siempre. Halagan hoy, como en los tiempos de Fernando, la superstición y el fanatismo. Tienen ya un niño de Dios, y lo pasean de pueblo en pueblo para que ensalce a su rey y señor y proponga que se levante una estatua a Recaredo.

Se desatan hoy, como ayer, contra los liberales, y procuran exaltar contra ellos las más bajas pasiones. No porque sean sacerdotes obran con mayor templanza. Si vencieran, volverían de seguro a sus juntas de la fe, a su sociedad del Angel exterminador presidida un tiempo por el obispo de Osma, a sus comisiones militares ejecutivas, a su sistema de terror y de exterminio. No saben encubrir ahora sus mal reprimidos odios, para que no los explayaran en sus días de triunfo.

Suponen que D. Carlos no habría de ser el rey Fernando; dicen que ha aprendido mucho en sus largos viajes. Si algo hubiese aprendido, no intentaría venir a España, ni con la bandera de la unidad católica, ni con su vergonzante absolutismo, cosa que ya no consienten ni los sentimientos de libertad, generales en los pueblos cultos, ni la visible decadencia de las instituciones monárquicas, ni la discordancia de ideas que hay en los espíritus.

En D. Carlos no reconocen, ni aun sus partidarios, virtudes ni talentos. Es una mediana, como todos los de su raza; y, como Fernando, se dejaría llevar de los feroces instintos de sus gentes. Como no lo hiciera, vería pronto alzados en su contra a los al parecer más adictos, y tendría un rival en cualquiera individuo de su familia. Por su significación y su estandarte de guerra habría de entregarse en manos del clero, que no perdona ni olvida, y de buen ó mal grado daría en los extremos de los años 1823 y 1824.

Entre los que vivimos apenas hay ya quien haya presenciado aquellos días de barbarie. Nos lo recuerda la historia, y sobre todo la escasa prensa de aquellos días. Eran los prelados los que principalmente avivaban los malos instintos de la plebe en pastorales indignas, de cada una de cuyas letras brotaba sangre. No subía al púlpito un cura que no hiciera otro tanto; y si alguno se mostraba suave, entraba en la categoría de los sospechosos y pasaba de la de perseguidor a la de perseguido.

¡Qué tiranía aquella! Toda protesta pública, por humilde que fuese, era un delito; debían recogerse nuestros padres a lo más hondo de su hogar para comunicarse sus pensamientos. Ocupada la nación por tropas extranjeras, se ejercía una presión sobre los espíritus por los españoles que aquí mandaban, que se llegó a sentir que los franceses dejaran nuestro territorio.

No bastaron a detener a Fernando las amonestaciones de otros Gobiernos: no bastó a detenerle ni aun Rusia, prototipo del poder absoluto; pudieron más con él sus hombres y le llevaron a prolongar una persecución insensata, que de ordinario terminaba por sentencias de proscripción ó de muerte.

El clero es hoy el mismo, salvo no muchas excepciones; es intolerante, fanático, vengativo, nada noble en sus actos ni en sus pensamientos. Repetiría hoy las

sangrientas pastorales y las sangrientas predicaciones del año 24, y llevaría por iguales sendas al nuevo rey, incapaz de sobreponerse a la Iglesia y contener el desbordamiento de sus abrutadas gentes.

Antes que el de D. Carlos, el peor de los Gobiernos.

F. PI Y MARGALL.

## LA CABEZA ENCANTADA

—¿A que no acierta vuesa merced, señor D. Quijote, de qué cosa, y de qué persona, y de cuál momento me acuerdo ahora?

—Tú lo sabrás, Sancho, que yo no soy adivino.

—Pues asunto de adivinanza es.

—Séalo en buen hora; poco me importa cuidarme ó no de tus recuerdos, que no serán ellos tales que vengán a oportuno intento; y has de saber, Sancho, que de lo pasado ha de hacerse memoria cuando fuere de provecho hacerla; así son las crónicas é historias, relato de sucesos pasados que sirven de enseñanzas para los tiempos presentes y venideros; mas cuando para enseñanza no sirvieren, vale más que queden relegados a eterno olvido.

—Lindamente hablado, señor; pero si vale de enseñanza ó no esto de que yo me acuerdo, vuesa merced ha de juzgarlo... Con su licencia diré que D. Antonio...

—¿Quién es ese D. Antonio?

—¿Pues cuántos D. Antonios hay?... Uno solo y verdadero, y Morlesín, que es su profeta. D. Antonio el de hoy me recuerda a aquel otro D. Antonio Moreno que conocimos en Barcelona.

—¿El D. Antonio de la cabeza encantada?

—El mismo; y digo que nuestro señor D. Antonio Cánovas posee también otra cabeza como aquella, si no es que se tenga ésta por mucho más peregrina y maravillosa, y le vala para mejor provecho.

—¿Qué dices, Sancho?

—Lo que vuesa merced acaba de oír.

—Aquella cabeza causó mi admiración.

—Pues como linda, esta lo es mucho más, con pelo negro tenido y teñido bigote, y contesta como aquella a cuanto se le pregunta. Diariamente están llegando a la corte alcaldes de todos los ayuntamientos de España a hacer sus preguntitas, y a todos contesta la cabeza encantada y parlante, y vanse los preguntones tan satisfechos y contentos con las respuestas.

—Mira, Sancho, no me engañes, pues yo pienso que aquella cabeza fué única y que no habido otro encantador capaz de hacer cosa semejante.

—¡Ah, señor; qué poco vuesa merced conoce el poder de nuestro amo D. Antonio Cánovas del Castillo, genio omnipotente. ¡Ahí está la cabeza de Navarro Reverter, que, puesta en el ministerio de Hacienda, responde a cuantos van a preguntarle acerca de los consumos, él seguirá forzándolos, y, sin embargo, los alcaldes que buscan una negativa, pues oyen, ¡quién sabe lo que oírán!, pero vanse contentos.

—Parece que para todo esto han de hablar las cortes.

—Bien se ve que vuesa merced ha sido siempre crédulo y candoroso... Mire y con lo que ahora sale vuesa merced... ¡Dijérame que vuesa merced lo había dicho,

y por no oírlo, no lo creyera! Cortes, Cortes... Eso es propio de pueblos libres, no pueblos panfílotes y bobalicones... Allá en otros tiempos no se hablaba de crear impuestos ó de recargar los establecidos sin que las Cortes de Castilla lo aprobasen...; pero hoy las Cortes no son otra cosa que un festejo más de los de la temporada de San Isidro. Vienen los diputados, pasan unos cuantos días de guirigay, visitan a Morlesín, acuden a las *matinees* de Joaquina, compran un botijo y a casa... y para lo importante ya tiene D. Antonio el malagueño lo que tenía el D. Antonio nuestro huésped y amigo de Barcelona... la cabeza parlante y el estudiante agudo que habla en ella... el buen Morlesín.

—Sancho, Sancho, júrote que esto va mal, que así no es posible que España recobre su noble carácter, que por tales caminos se llega a la miseria y a la pérdida de toda dignidad. Un pueblo, Sancho amigo, que descuida el gobierno de sus intereses, la custodia de sus derechos a un hombre ó a una pandilla... es pueblo de esclavos y de lacayos.

—No es tal, señor... Así viven todos esos otros descansadamente y sin cuidados, y sacando cuanto quieren nuestros tutores... Vale más sufrir mosquitos que agitarse por espantarnos.

—¡Sancho, Sancho! No quiero oírte.

—Bueno, no me oiga vuesa merced; pero cierto es lo que he dicho... y viva la Pepa... Ya no es necesario el Parlamento, ni Senados, ni Congresos, ni discutir, ni estudiar los asuntos por asambleas nacionales... Tengamos una cabeza parlante... y *tuto contento*.

—Tuti contenti... Sancho.

—Como ello se diga. Anunciamos, pues: *Navarro Reverter. —Prodigiosa cabeza parlante, propiedad de Don Antonio, la cual contesta lo que conviene... y todos los que la preguntan quedan satisfechos con las respuestas. —Entrada gratis... De la salida no respondemos.*

## Los días de Don Emilio.

(MONÓLOGO)

—Cinco de Abril, mi santo: santa Emilia. ¡Oh, qué dicha la mía más completa! ¡Qué de obsequios de amigos cariñosos y qué de telegramas y tarjetas! ¡Qué bonita *corbeille* la de Joaquina! ¡Qué linda la *corbeille* de la marquesa! ¡Qué de flores y plantas tropicales! ¡Soy el sér más feliz que hay en la tierra! ¡Y qué almuerzo el de hoy! ¡Cuántos regalos de amigos que me admiran y me obsequian! Pericos de Aranjuez, de Arcachón, ostras, trufas del Perigord, pollas rellenas de Bayona, bizcochos de las madres de San Clemente, frutas de Valencia... Y luego la comida. ¡Mi gran gozo! ¡El hartazgo del hambre satisfecho! ¡Catorce platos y dieciocho postres! ¡Oh, qué dicha la mía más completa! Mas... parece que llaman, y ya, vamos, las visitas me cansan y me apesantan. Amigos indiscretos, que no traen ningún obsequio. Ya se abrió la puerta... ¡Ah! es la de la Laguna, amiga mía. Pase usted pronto, pase usted, marquesa. Usted siempre tan guapa, usted es la imagen más acabada de la virgen griega. Y la acompaña Nieto. ¡Hola, Emilio! Felicidades mil. ¿Y qué hay, marquesa? Otra vez llaman y abren. ¡Ah!, es Emilia;



# DON QUIJOTE

Baraja política.



El rey de oros



Metí la mano en el agua  
¡la esperanza me mantiene!

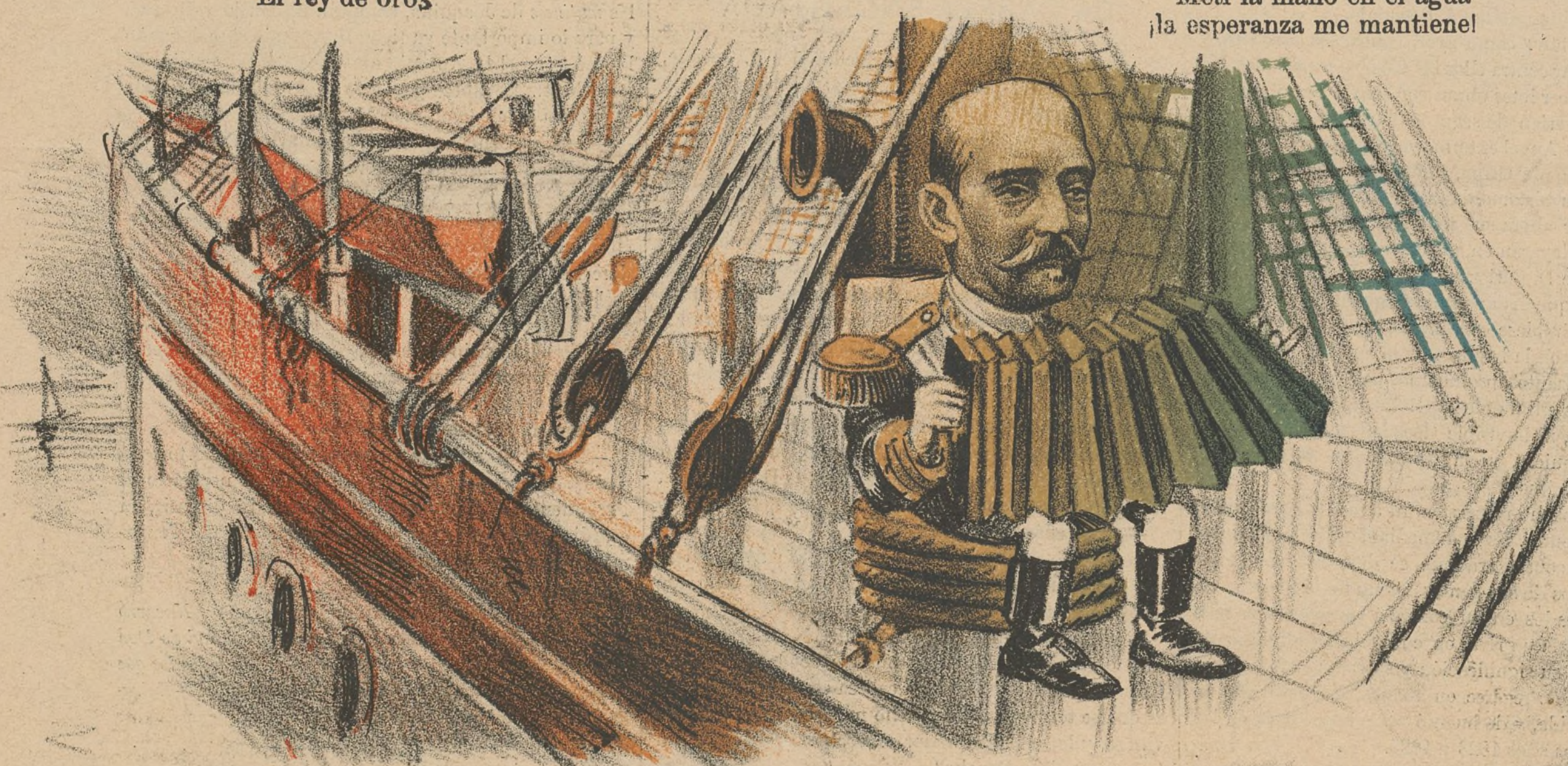
Campana carlista.



El llamado «Niño 6 Jesús» aparecido milagrosamente.



Camino de la patria.



A mí me llaman el Primo,  
el Primo de mi lugar,  
otros viven peleando  
yo vivo sin pelear.



Proclamación de las reformas.



Los siete dolores de D. Antonio.



adelante, adelante la académica.  
Vendrás del Ateneo; tú no faltas  
ni aun el clásico día de tu fiesta.  
Y qué, ¿has pegado mucho a Víctor Hugo?  
Tú no puedes negar el que eres hembra.  
Han llamado otra vez. (Ya me incomoda  
tanto llamar). En esas conferencias  
pruebas tu gran talento. Pasa, chico.  
Juanito, sabes bien que te se aprecia,  
que eres siempre querido en esta casa,  
por tu fondo y tus formas... tan correctas.  
Adelante, Abarzuza, Segismundo,  
también tú. ¡Oh!, perdoneme, condesa,  
si no estoy ya postrado ante esas plantas,  
que los querubines con deleite besan.  
Lo de Cuba va bien. ¡Ah!, sí, señores;  
las *yankees* nos admiran, nos aprecian...  
Taylor esta mañana me ha mandado  
de regalo un jamón y una camelia.  
¡Ah!, qué dicha la mía! ¡Cuánta gente!  
¡Soy el ser más feliz que hay en la tierra!  
(Mas... cuando se marcharán estas visitas,  
que ya el momento de comer se acerca.  
Lo que es hoy yo me atraco como un pavo.  
Cinco de Abril, mi santo, ¡hermosa fiesta!)

## Sanguily.

Ya protestamos en tiempo oportuno del indulto concedido a Sanguily.

La política del perdón, de la generosidad, ha sido siempre la política predicada por este periódico.

Nosotros hubiéramos sido los primeros en pedir el indulto de Sanguily, si se le hubiese condenado a muerte.

Pero poner en libertad, por imposición de los Estados Unidos a un hombre convicto y confeso del delito de traición contra la patria, de un hombre que ha contribuido con su ayuda al alzamiento de la actual insurrección, nos parecía, y nos sigue pareciendo una gran insensatez y una gran vergüenza.

Con ese indulto se concedía patente de impunidad a todos nuestros enemigos de la manigua.

Y por eso hemos protestado de ese acto de benevolencia en nombre de nuestros intereses y en nombre del decoro patrio.

\*\*

Ahora, Sanguily, agradecido a la generosidad del señor Cánovas, se apresta nuevamente a hacer armas contra España, y amenaza con volver a Cuba para ponerse al frente de las partidas que merodean por Pinar del Río.

El Gobierno comienza a recoger los frutos de su insensata benevolencia.

No es que nosotros creamos que Sanguily, despreciado ya por sus protectores los yankees, deshonrado por su falta de caballerosidad y de nobleza, pueda ser un peligro para la causa de España, si se decide al fin a volver a la manigua.

No, ese hombre a quien el miedo arrancó promesas de honor que no ha sabido cumplir, no representa ya, después de su deslealtad, ninguna fuerza.

Pero aprenda el Sr. Cánovas a ser justamente generoso, y cuide para lo sucesivo de no otorgar su perdón sino a aquellos que lo merezcan.

Porque resulta tristísimo eso de que el Gobierno español, por inexplicables benevolencias, sea el encargado de aumentar las fuerzas de la insurrección.

## CADIZ

A MIGUEL SAWA

Yo no admiro los mil sabios varones  
que en ti vieron la luz y que te honraron;  
ni tus hechos gloriosos, que aclamaron  
al unísono todas las naciones.  
No canto el esplendor de tus blasones,  
que ya insignes poetas los cantaron,  
y en la historia con oro se grabaron;  
ni canto tus antiguas tradiciones.

Mas canto a tu mujer, porque atesora,  
en su rostro las tintas de la aurora;  
en sus ojos los rayos que estremecen,  
en su charla la sátira punzante,  
y en su cuerpo, gracioso y elegante,  
las líneas y contornos que enloquecen.

MANUEL ESCALANTE GÓMEZ.

## LA VUELTA DEL DIPUTADO

—A los pies de usted.

—Beso a usted la mano.

—¿Es aquí donde se admite un caballero respetable para vivir en familia?

—Para vivir en familia... conmigo; sí, señor.

—Miel sobre hojuelas, porque es usted muy guapo.

—Muchas gracias, muchísimas gracias... Pero, pase usted adelante. ¿Es usted la persona que...?

—Sí, señora. He leído un anuncio en que se solicita un caballero respetable...

—No, nada de eso; basta con que sea un sujeto acomodado y estable.

—Mejor que mejor, porque ese sujeto soy yo pintado.

—Entonces ya me hago cargo; usted viene a Madrid de asiento.

—¿De asiento?... ¡Cá! No, señora, vengo de Toro, aunque me esté mal el decirlo, que de allí soy natural desde pequeñito.

—¿De Toro? Yo conozco alguna gente de ese pueblo. ¿Sería usted, por casualidad, pariente de un tal Becerro?

—No, yo soy Ternero nada más y diputado de la mayoría, para servir a usted. Por eso siento que esta casa caiga tan lejos del Congreso.

—¡Jesús! No diga usted tal cosa. ¿Lejos del Congreso la calle del Oso? ¡Si estar allí y estar aquí será todo uno para usted! Y luego, una casa tan tranquila, tan silenciosa...

—Eso me gusta y acaba de decidirme. Porque... aquí, en confianza: yo traigo mis intenciones de romper a hablar en esta legislatura o en la otra, a más tardar.

—¿Sí, eh? ¿Y qué piensa usted decir?

—Aún no lo tengo resuelto; pero es seguro que voy a decir alguna cosa. Sólo por pique, ¿sabe usted? Sólo por dar en la cabeza a un tal Novillo, también hijo de Toro, que me ha hecho la contra en estas elecciones; y como no ha podido conmigo ni con el gobernador de la provincia, que es atroz de liberal, anda ahora por el pueblo diciendo que voy a ser un diputado inédito... vamos, de los que no hablan en público más que cuando llaman al sereno... De modo que, ya ve usted: si antes de un año no logro pronunciar un discursito bien improvisado en casa, ¡menudo revolcón me da Novillo!

—No haga usted caso de esas pequeñeces ni se busque quebraderos de cabeza. ¿Quiere usted creerme? Pues, si valiera de algo mi opinión...

—¡Y tanto! Tiene usted unos ojos... y una boca... y unas... vamos, que es usted muy guapa.

—Pues créame usted: no hable en el Congreso. Más vale que hable usted con el ministro de Hacienda para que le dé a un primo mío un destinito en puertas, y yo agradeceré tanto ese favor, que no podré negar a usted nada de lo que me pida.

—¿De veras?

—¿Es usted casado?

—No; pero sigo la carrera.

—¡Ah! Pues aquí nos arreglaremos perfectamente. La casa no es muy grande; pero estrechándonos un poco...

—¿Cómo un poco! Todo lo que haga falta. ¿Quiere usted que empecemos ya? (Aparte.) ¡Vaya si es guapa esta mujer! Por supuesto, que no voy a tener tiempo para aprenderme ese discurso. Me parece que la campaña parlamentaria que yo haga...

## LANZADAS

Según Sherman, si Sanguily vuelve a Cuba, los Estados Unidos le retirarán su protección.

Muchas gracias, amigo.

Pero... ¡qué demonio! si Sanguily vuelve a Cuba, no faltará un «Punta brava» donde clavarle.

De un periódico:

«El Ayuntamiento de Madrid ha mandado un mensaje de felicitación al general Polavieja por la toma de Cavite.»

¡Horror!

¡Un mensaje de la «casa de Gálvez Holguín» y firmado por Sánchez de Toca!

Moret en Tanager:—«¡Dios mío,  
cuánto me gusta este harém!  
¡Qué felicidad la mía  
si me admitiesen en él!»

Por si no teníamos bastante con el niño de Dios, en Navarra ha surgido otro pequeño prodigio intitulado el «niño Jesús».

Nada, está visto, el mal ejemplo cunde.

Desde que a Castellano le nombraron ministro de Ultramar, todos los *bebés* con circunstancias dejan los juegos por la política.

El alcalde de Orense ha tenido la feliz idea de publicar un bando ordenando que todos los vagabundos entren *gratis* el *amor* a formar parte de las cuadrillas de barrenderos.

Y eso mismo debía hacer el alcalde de Madrid. Aunque sólo fuera para ver si algunos chicos de la clase de vagos daban más juego con la escoba que actuando de políticos.

Las escuadras de las grandes potencias siguen bombardeando las costas de Creta.

Y todo por *moor* del *statu quo*.

Porque ¿qué iba a ser de esta pobre Europa si las hordas turcas no la distrajesen de vez en cuando con sus matanzas de cristianos?

El Ayuntamiento de Manila ha acordado nombrar hijo adoptivo de aquella ciudad al Sr. Beránger.

Manila, has dado en el *quid*  
con tan *magno* nombramiento.  
¡Compíte tu Ayuntamiento  
con el del propio Madrid!

Del Museo de Pinturas ha sido robado un *boceto* de Murillo.

Pues hay que dar con él, Sr. Linares Rivas. Que al fin y al cabo se trata de una Virgen.

El ministro de Hacienda, al decir de los periódicos ministeriales, sigue buscando recursos con que atender a los gustos de las dos campañas.

Y nada! El Sr. Navarro Reverter no encuentra una peseta ni por un ojo de la cara.

Y ya cantan él y Mochales el dúo desconsolador:

«Mira qué pavo...  
mira qué pavo...  
Pavoroso porvenir  
veo surgir.»

De un señor que firma F. (¿Ferreras?) y que dedica sus ocios a cantar a la Virgen María:

«Flor olorosa del pensil del cielo,  
dulce maná de sin igual sabores,  
rico tesoro del que te profesa  
castos amores.»

¡Castos amores!

¡Pues hombre, no faltaba más sino que quisiera usted con mala intención a la Madre de Dios!

S. M. bufa D. Carlos de Borbón ha tenido a bien conceder una *interview* a un redactor del *New York Herald*. Y entre otras declaraciones más o menos peregrinas, se ha permitido hacer la siguiente:

«Yo puedo jactarme de que muchos conservadores importantes están afiliados al carlismo.»

¡Cielos! ¡Qué revelación!

¿Y quiénes serán esos conservadores importantes?

¡A ver, que nos saque de dudas el señor marqués de Vadillo!

## LA NATURALEZA

ENSUEÑO

Entré en una inmensa sala subterránea de altas bóvedas, iluminada por un resplandor que parecía salir del suelo.

En el centro estaba sentada una mujer de grandioso aspecto, vestida de un amplio traje verde. Apoyaba en la mano su cabeza y parecía meditar profundamente.

Al punto comprendí que era la Naturaleza, y, con súbito frío, llenóseme el alma de reverencia, temerosa.

Acerquéme a la mujer sentada y, después de saludarla con respecto, le dije:

—¡Oh, madre común! ¿En qué estás pensando? ¿Acaso en los futuros destinos de la humanidad? ¿En las condiciones necesarias para que alcance toda la perfección y dicha posibles?

Volvió hacia mí lentamente la mujer sus ojos sombríos, penetrantes y terribles: entreabrióse sus labios y oí su voz resonante, como el hierro que choca con el hierro.

—Pensando estoy en el modo de dar mayor fuerza a los músculos de la pata de la pulga, para que más fácil le sea evitar las persecuciones de sus enemigos. El equilibrio entre el ataque y la defensa se ha roto; es necesario restablecerlo.

—¿Cómo exclamé balbuceando: ¿en eso estás pensando?... ¿Es que nosotros los hombres no somos tus hijos predilectos?

Ella frunció un poco el entrecejo.

—Todos los animales—dijo—son mis hijos. De todos me preocupo igualmente, y a todos por igual los extermino.

—Pero... el bien... la razón... la justicia..., murmuré.

—Esas son palabras humanas—repuso la voz de hierro—yo no conozco ni el bien ni el mal. Vuestra razón no es mi ley, y ¿qué es la justicia?... Yo te di la vida y te la quitaré; y se la daré a otros, a gusanos de la tierra o a hombres, indiferentemente. Tú, mientras no te llegue la hora, defiéndete; y no me importunes más. Quise replicar, pero la tierra toda en torno mío gritó sordamente y me estremecí.

Entonces desperté.

IVAN TOURGUENEFF.

Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca, 18.